

fermos. Una obra de bendición trae consigo otra. Estas asociaciones dieron motivo á la institucion de las Hermanas de la Caridad, llamadas comunmente Hermanas del hábito pardo. Solo se trataba al principio de sostener las primeras cofradías, suministrando á las señoras que las componian unas muchachas instruidas en asistir á los enfermos, en dirigirlos, en darles las medicinas, en arreglarles el alimento y en desempeñar con puntualidad las demas funciones que no podian esperarse de las mugeres que vivian en el siglo. Era necesario para esto hallar un gran número de doncellas caritativas, y reducir las á comunidad para instruir las en la asistencia de los enfermos, enseñarlas á sangrar, á preparar los remedios, y acostumar las sobre todo á los ejercicios de la vida espiritual y á una virtud sólida, que las hiciese vencer la repugnancia que naturalmente causan los hospitales, al mismo tiempo que las fortaleciese contra los peligros de una vida pasada entre las gentes del siglo.

Luisa de Marillac, viuda de Mr. Le Gras, secretario que habia sido de la reina madre de Luis XIII, fué el instrumento de que se valió la Providencia para la ejecucion inmediata del designio formado por su santo director (1). Dotada de un juicio sólido y seguro, y de una alma varonil, habia recibido muy de antemano las bendiciones de la gracia. Pero entre todas sus virtudes brillaba una caridad que la movia á buscar con ardor y constancia todas las ocasiones de socorrer al prójimo, y en particular á los pobres enfermos. Su celo infatigable, á pesar de la delicadeza de su complexion y de sus muchos achaques, la hizo recorrer con grandes dispendios las ciudades y pueblos donde se establecian las cofradías de caridad. Animaba á las personas que las componian, las asociaba otras nuevas, corregia ó evitaba los menores abusos, siguiendo las instrucciones del Santo, que llevaba siempre en su compañía, su-

(1) Vid. de S. Vicente, l. 1, c. 22 y 23.

geria mil medios nuevos para hacer cosas buenas, y derramaba por todas partes limosnas abundantes en drogas para los remedios, en sábanas, mantas, camisas y todo género de vestidos. Se detenia algun tiempo en las principales parroquias, y allí, con el beneplácito del cura, reunia á las niñas en una casa, para instruir las en las obligaciones de la vida cristiana. Si habia maestra, la enseñaba á desempeñar su obligacion con fruto. Si no la habia, procuraba establecerla, y para instruir la, enseñaba ella misma en su presencia por algun tiempo. Empleó muchos años en estos ejercicios, acompañada siempre de una criada anciana y de algunas señoritas virtuosas. Despues de estos viajes volvia á pasar el invierno en París, donde continuaba asistiendo á los pobres. No contentándose con sus propias obras, trasmitia al corazon de otras señoras piadosas los ardores de la caridad que no podia contener el suyo.

Habiéndose presentado muchas personas jóvenes, noticiosas de la institucion proyectada por San Vicente, eligió este tres ó cuatro de las mas á propósito para sus designios, y las puso en manos de madama le Gras, la cual las recibió con maternal afecto, las dió habitacion en su propia casa, las mantuvo como si fuesen hijas suyas, y las preparó con todo cuidado para que cumpliesen las obligaciones de su vocacion. Este primer establecimiento se hizo en el año 1633, en la parroquia de San Nicolás de Char-donet, con la idea de que no fuese mas que un ensayo; pero derramó Dios en él sus bendiciones con tal abundancia, y se aumentó tan rápidamente aquella corta comunidad, que el santo fundador y su digna cooperadora tuvieron el consuelo de verla esparcida por todo Paris, por otras treinta ciudades del reino y aun en Polonia. Siendo ya demasiado numerosa para la casa de una particular, fué trasladada á la aldea de Chapelle, y por último sólidamente establecida en el arrabal de San Dionisio cerca de San Lázaro. Eran doncellas verdade-

ramente preciosas y buscadas de todas partes con un ardor que apenas dió tiempo á los principios para que se instruyesen en las obligaciones de su destino. Pero por una providencia particular, aquellas tiernas plantas arrancadas de su vivero sin haber tenido lugar para adquirir cierto incremento, no solo no se desmintieron jamás, sino que causaron admiracion en todas partes con su circunspeccion y modestia, con su sencillez en el modo de vivir y de vestir, con su afabilidad, con su paciencia, con su continua aplicacion al trabajo, y con todas las virtudes propias de su estado.

Luego que esta grande comunidad estuvo sólidamente establecida, la dió el santo fundador unas reglas y constituciones llenas visiblemente de la sabiduria evangélica. Solo presentaremos lo que sea necesario para dar á conocer con qué espíritu educaba y á qué grado de perfeccion guiaba á aquellas doncellas, que por la mayor parte eran de la esfera mas comun. «Aunque no son religiosas (decia el Santo), porque este estado es incompatible con sus funciones; aunque su convento son las casas de los enfermos, su celda el rincón de una alcoba, y muchas veces alquilada, su capilla la iglesia parroquial, su claustro las calles de la ciudad, las verjas de su locutorio el temor de Dios, y su velo la modestia, por lo mismo, estando espuestas á mas peligros que las religiosas que viven en la clausura, deben tener tambien mas virtud. Traten, pues, de portarse en todas partes, á lo menos con tanto recato, recogimiento y edificacion como las verdaderas religiosas en sus conventos. Estén continuamente dedicadas á la adquisicion de todas las virtudes de su estado, en particular de una humildad profunda, de una obediencia perfecta, de un gran desprendimiento de las criaturas; y sobre todo usen de cuantas precauciones sean posibles para conservar sin la menor mancha la pureza del cuerpo y del corazon.» Las prescribe despues ejercicios diarios de piedad, y las manda frecuentar los Sa-

cramentos todas las semanas. En sus viajes deben mostrarse cordialmente unidas entre sí, oficiosas y benéficas con todos, y ejemplares en todas partes. «Hagan sus ejercicios devotos (añade el Santo) por la mañana antes de salir, ó á lo menos en el camino; recen el rosario, y lean algunos libros piadosos, que llevarán siempre consigo. Contribuyan á las conversaciones edificantes de las concurrencias en que se hallen, pero no á las que se resientan de la vanidad del siglo, y menos aun á las que se resientan de su libertinaje. Sean una roca contra las familiaridades que algunos quieren usar con ellas.» Las prescribió tambien que á no ser por una verdadera necesidad no visitasen á los ricos, de cualquier condicion que fuesen; que no se familiarizasen con ellos, y que en caso de enfermedad no se encargasen de su asistencia, ni de la de sus hijos y criados. «Nada de esto (dice) es propio de vuestro instituto, el cual os consagra únicamente al cuidado de los pobres.» El mismo cuidado las encarga relativamente á los eclesiásticos, diciéndolas que deben honrarlos con el mayor respeto, pero no visitarlos á solas ni admitirlós en su cuarto particular; y quiere que en cuanto sea posible no hablen con ellos sino en el confesonario.

Mediante la fiel observancia de estas reglas, dieron y dan todavía aquellas doncellas, inaccesibles á la corrupcion que las rodeaba, infinitos auxilios á los soldados en los hospitales militares, á los galeotes en las cárceles donde descansan cuando van con la cadena, á los locos en sus jaulas; y muchas veces inspiraron arrepentimiento, y proporcionaron la ventaja de una muerte cristiana á los enfermos que parecian peor dispuestos; de suerte, que mirando por el alivio del cuerpo, atienden principalmente á la salvacion de las almas. Pero el santo fundador estableció para este único fin, para la instruccion cristiana de la juventud y la santificacion de las personas de edad avanzada, las doncellas de la Providencia. La congrega-

cion de la Cruz, tan particular y tan útilmente consagrada á la educacion, á formar maestras virtuosas para los pueblos y aldeas, que entonces tenian gran necesidad de ellas, fué, si no fundada, á lo menos restaurada y puesta en estado de sostenerse por los auxilios de San Vicente.

A él somos tambien deudores de una de las mayores y mas bellas empresas que se han ejecutado en beneficio de la humanidad y de la Religion, á saber, el hospital general de Paris. Al principio estableció una casa para que se retirasen á ella cuarenta pobres artesanos, entre hombres y mujeres, que por sus muchos años ó por enfermedad no pudiesen ganar el sustento y se hallasen reducidos á aquella mendicidad que embrutece á la criatura racional y hace que se olvide de que tiene una alma por cuya salvacion debe mirar. Esta idea, no menos grande que saludable, interesó á todas las personas ricas, por poco virtuosas que fuesen, y la misma corte franquegó la casa de Bicetre y la que llaman la *Salpetriere*, adonde fué relegada la ociosa mendiguez y con ella una infinidad de vicios mas gravosos á la sociedad. Se confió la direccion de este grande establecimiento al santo general de la Mision; pero contentándose este con obrar el bien, sin que pudiesen atribuirle el mérito los hombres, juzgó, y con mucho acierto, que debía renunciarla.

Merece compararse con este establecimiento el de los niños espósitos, el cual da anualmente millares de ciudadanos al Estado, y millares de miembros al Cuerpo místico de Jesucristo. Estos infelices, que eran abandonados antes con no menos impiedad que bárbarie en las calles y en las enerucijadas, sin haber recibido siquiera el bautismo, perdian casi toda la vida del cuerpo y la del alma á un mismo tiempo. Si eran recogidos algunos de ellos y entregados en un estado de languidez á unas mugeres á quienes se daba un salario desproporcionado á su trabajo, solo servia esto para

prolongar su desgraciada existencia y para padecer mas y mas. Penetrado Vicente hasta lo íntimo de su corazon cuando tuvo noticia de semejante calamidad, convidó á algunas señoras caritativas á que visitasen aquel triste depósito. Resultó de aqui lo que él habia previsto. No menos compadecidas que el mismo Santo, se llevaron consigo cuantas inocentes victimas pudieron alimentar en sus casas, para servirles de madres. Inflamándose de dia en dia su caridad, no cesaban de llevarse mayor número de ellas, sin pararse mucho en consultar los medios y recursos que tenian para mantenerlas. En fin, llegó á hacerse tan pesada la carga, que pareció absolutamente imposible sobrellevarla; y en realidad no podia juzgarse de otro modo, segun las reglas ordinarias de la prudencia. Es verdad que la corte habia señalado para esta buena obra una pension de doce mil francos (unos cuarenta y seis mil reales); pero ascendia ya el gasto anual á cuarenta mil. Se tuvo, pues, una junta general de las señoras que habian manifestado tan ardiente celo, y se trató en ella si se habia de continuar ó abandonar la empresa.

Esponiendo Vicente las razones que habia por una y otra parte; hizo presente á dichas señoras, que hasta entonces habian conservado la vida y dado una educacion cristiana á quinientas ó seiscientas criaturas, que infaliblemente habrian perecido, á no haber sido por su asistencia. Volviéndose despues á los niños que quedaban en la espectacion ó alternativa de una felicidad semejante, ó de una desgracia destituida de toda esperanza: «ved ahí, señoras (continuó), estas inocentes y miserables criaturas, á las cuales habeis adoptado por hijos, movidas de la compasion y de la Religion. Habeis sido sus madres segun la gracia, desde que las abandonaron sus madres segun la naturaleza. Mirad ahora si quereis abandonarlas tambien vosotras. Tiempo es ya de pronunciar su sentencia. Yo voy á recoger los votos. Vivirán, si continuais asistiéndolas con la caridad

que habeis usado hasta ahora; perecerán, si las abandonais. La esperiencia no os permite dudar de ninguna manera.» Respondieron todas con lágrimas y sollozos, y desaparecieron todas las dificultades; pues al momento entregaron cuantas joyas de oro y plata llevaban consigo, multiplicáronse las limosnas, fueron inagotables los recursos, se aumentaron con el tiempo á proporcion de las necesidades, y por fin llegó aquel establecimiento al grado de perfeccion y de grandeza en que ahora le vemos, y siempre en manos de las hijas de San Vicente.

Las reglas y constituciones que las disponian para atender á tantos oficios inestimables, fueron aprobadas por el arzobispo de Paris luego que se publicaron, y su comunidad fué erigida en congregacion, con el título de Hijas de la Caridad, servidoras de los pobres. El rey la autorizó por su parte con una Real cédula, registrada en el parlamento.

Sin disminuir nada la gloria de San Vicente de Paul, se puede decir que el P. Bernardo, llamado por otro nombre el pobre-sacerdote, fué la primera causa del establecimiento de las Hijas ó hermanas de la Caridad (1). Deben estas su origen á la asociacion de las señoras piadosas que se empleaban en el alivio de los pobres enfermos; y aquel caritativo sacerdote fué el autor de la ereccion de las Juntas de Caridad en las parroquias de Paris, y de la separacion de estas parroquias, las cuales estaban confundidas unas con otras (2). Su caridad para con los pobres, á quienes la vejez ó las enfermedades no permitian ganar el sustento, dió tambien motivo á que se estableciese el hospital general de Paris. Pero esta misma caridad, harto interesante para que no dejemos de presentar algunos rasgos característicos de ella, no quedaba satisfecha sino en cuanto permanecia oscura, ó iba acompañada de humillaciones. Se paseaba el P. Bernardo por las calles en el tiempo mas

cruel del año, cuando no parecia nadie por ellas á causa de los frios, nieves y lluvias, á fin de asistir á los infelices que no encontraban entonces nadie que les diese algun auxilio. Muchas veces despues de darles todo el dinero que llevaba consigo, les cedia tambien ya la almilla, ya la camisa, y aun cambiaba con ellos el sombrero, las medias y los zapatos. Las personas mundanas que le encontraban en este estado, le tenian por loco, y mas de una vez le perseguian los muchachos tirándole piedras; mas entonces estaba él en el colmo de la alegria, y se gloriaba mas de la santa locura de la Cruz que de toda la sabiduria del siglo.

No obstante, habia recibido de la naturaleza todas las dotes que podian hacerle representar un papel brillante en el mundo. Sus padres eran de una de las principales familias de Borgoña, y sus riquezas correspondian á su ilustre estirpe; tenia buena presencia, y estaba dotado de una gracia que le hacia amable á todos. Su entendimiento era claro, penetrante y bien cultivado, su genio alegre y festivo, y su imaginacion sumamente viva y placentera. Sus virtuosos padres le habian dado una educacion muy cristiana; pero él agradó al mundo y á los grandes, y con su trato no tardó en olvidarse de sus primeros principios. El obispo de Belley, Juan Pedro Camus, diferente sin duda de lo que en otro tiempo habia parecido, procuró reducirle á la piedad, y le aconsejó que abrazase el estado eclesiástico. En efecto, lo ejecutó así Bernardo, pero por un motivo muy distante de una conversion perfecta. Habiendo obtenido desde luego una abadia, creyó que podia aspirar á un obispado, y fué á solicitarle á Compiègne, donde estaba la corte. Pero apenas llegó, cuando hizo unas reflexiones muy serias, y parece que solo habia emprendido aquel viaje para dar el ejemplo singular de un hombre que va á renunciar beneficios adonde acuden los demas á solicitarlos. Desde el dia siguiente al de su llegada, solo pensó en volverse á

(1) Vid. del P. Bern. p. 182, Edic. de Paris 1708.

(2) Ib. p. 148.

París para ejecutar lo que Dios le inspiraba. Tuvo mucho que padecer antes de tomar una resolución fija; pero luego que se decidió á consagrarse á Dios, bajo los auspicios de la Santísima Virgen, en quien puso desde luego aquella confianza que le proporcionó despues tantos favores señalados, no vaciló un momento, recibió el orden del sacerdocio, preparándose con los ejercicios mas santos, hizo voto de decir misa todos los dias, se consagró para siempre á la asistencia de los pobres y de todo género de desgraciados, vendió todos sus bienes para distribuir entre ellos su producto, y se reservó únicamente para su subsistencia, ó por mejor decir, para sus limosnas diarias, una moderada pensión sobre la renta de su abadía, de la cual hizo renuncia. Un sacrificio tan generoso fué recompensado de un modo no menos extraordinario; pues si el Espíritu Santo distribuye por lo comun sus dones con peso y medida, Bernardo, apenas se convirtió, quedó como inundado de ellos, y recibió de un golpe el ciento por uno prometido al total desprendimiento de las cosas terrenas. Se elevó desde entonces al grado mas sublime de oración y contemplación. Una palabra de la Escritura, el ver una imagen, el oír el nombre de Dios ó de Jesucristo, le enagenaba y aun era suficiente para que estuviese compungido un día entero. Lo mas maravilloso para un hombre tan vivo y tan ocupado como él, era que jamás llegó á olvidarse de la presencia de Dios. Lo que para otros era un motivo de distracción, servía para renovarle continuamente la memoria de su buen Señor, que así llamaba á Dios con toda la ternura de un niño para con su madre. Sin embargo, esta union continua con el Señor no impedía que los asuntos de que se encargaba los tratase con toda la atención que merecían, ni que fuese su conversacion muy interesante y festiva. Hablaba mucho, separándose en esto de la costumbre ordinaria de los Santos; pero sus palabras se dirigian siempre á la salvacion de las personas con quienes

hablaba, y sus agudezas le servian para hacerse dueño de las almas que queria ganar.

No hablaremos de los caminos extraordinarios por donde fué conducido, ni de sus éxtasis y raptos, comparables con los de Santa Teresa, á los cuales se resistia, como esta Santa, en cuanto le era posible, y le llenaban de confusion lejos de ensorberbecerle. Por lo demás, se ha de juzgar de los Santos por los actos de virtud, y no por este género de favores. Las obras de celo, de caridad y de humildad, constituyeron el mérito y el carácter particular del P. Bernardo. El hospital general de París, el de la Caridad, las cárceles y los calabozos fueron los principales teatros de su caridad humilde; y en estos lugares obtenian su predileccion los enfermos asquerosos, los presos mas viles y los reos mas aborrecidos. Los abrazaba con ternura, les besaba los pies, curaba sus llagas, y les servía en los ministerios mas despreciables. No solo servía á los enfermos, sino tambien á los practicantes y enfermeros, pues barria las salas, lavaba la batería de cocina, llevaba la leña y agua á las varias oficinas; en una palabra, era el criado de los mismos criados. ¡Tierna y admirable abnegación que contrasta de una manera muy instructiva con la egoísta delicadeza de nuestro siglo! Bien es necesario ser sinceramente humilde, caritativo y santo, para reírse así de las preocupaciones del mundo y despreciar los discursos de los hombres.

En efecto, al principio se habló del P. Bernardo con desprecio. Decían que se habia vuelto loco. Le rodeaba el populacho en las calles, y le llamaba el loco de Dios. Se hacia notable por sus hábitos derrrotados, mas malos que los de los sacerdotes mas pobres, pues llevaba siempre los desechos de otros, y jamás compraba ninguna cosa nueva. De este modo estuvo humillado mas de quince años, esto es, desde su conversion, hasta que fué bien conocido de la corte. Sus parientes, avergonzados de su modo de vivir, le desconocian

en alguna manera, y apenas tuvieron trato con él hasta que creyeron que podia serles útil. Por otra parte tuvo mucho que vencer en sí mismo, y la naturaleza se rebeló mucho tiempo contra las impresiones de la gracia y el fervor de la caridad. Su valor vencía estas dificultades ó repugnancias, y sin embargo no cesaban de renovarse estas, á pesar de todos sus esfuerzos. Irritado, en fin, contra un enemigo á quien postraba todos los dias, sin que por eso dejara de levantarse de nuevo, se acercó á un enfermo que habria parecido un cadáver en putrefacción, si todavia no respirara, le abrazó con ternura, aplicó los labios á la úlcera mas asquerosa que tenia, y la esprimió el pus. Pero ¡oh maravilla de la gracia! una acción que solo referirla infunde horror, fué causa de que Bernardo triunfase para siempre de la repugnancia con que solia mirar á los enfermos. Lo mismo sucedió con los presos. Habiéndose visto un dia obligado á salir del calabozo con motivo de una náusea, de cuyas resultas estuvo espuesto á desmayarse, se reprendió su salida luego que salió, como si fuese una cobardía. Volvió á entrar al instante, fué corriendo adonde habia un preso, del cual huían todos como de un apestado; tan infecto era el olor que exhalaba! le abrazó mas de veinte veces, mullió la paja, ó por mejor decir, el estiércol que le servía de cama, y no se apartó de él hasta vencer toda repugnancia, de modo que no volviese á experimentarla jamás. Otro dia advirtió que un preso no tenia mas que un pedazo de camisa medio podrida: se la pidió, se retiró á un rincón para quitarse la suya, se la dió, y se puso la del preso.

Cuando entraba en las cárceles, lo primero que hacia era besar los pies á los que estaban detenidos en ellas. Había muchos que se excusaban de presentárselos, porque tenian sucios los zapatos. «Ven, hijo mio (le decia), que para mí todo es demasiado bueno.» Hubo tambien malvados, entre los cuales llegó la brutalidad de uno á darle una patada en la cara

cuando se inclinaba el Santo para besarle los pies. Besóselos como si nada hubiese sucedido, y con el rostro bañado en sangre, fué á solicitar su perdon con las mayores instancias. Otro manchó los zapatos con inmundicia, cuando el santo sacerdote se disponia á besárselos; mas no solo se los besó y volvió á besárselos una y muchas veces, sino que siendo así que á los demás les daba de limosna un cuarto, á este le dió cinco. Cuando le insultaban los muchachos en la calle, recibia esta confusion con la mayor serenidad; pero como no era menos celoso que humilde, y su celo era muy industrioso, los atraía despues enseñándoles algun dinero ó estampas, los reprendia porque ofendian á la Religion en sus ministros, los exhortaba á que viviesen mejor, y siempre conquistaba algunos para Dios. Permitió el Señor que algunas personas de las mas distinguidas en la gerarquía eclesiástica le maltratasen de un modo extraño. Exhortaba á un obispo á que contribuyese, ó á lo menos á que no se opusiese á una buena obra; mas obstinándose el prelado en negarse á ello, se echó Bernardo á sus pies, y le hizo presente que seria responsable delante de Dios de las fatales consecuencias que ocasionaria su negativa. Irritado el obispo de sus instancias, y no pudiendo acallarle, le dió un bofetón. «Señor (le dijo el Santo), dame otro, y concededme lo que os pido.» No le inspiraba esta moderación la calidad de la persona, porque la misma respuesta dió á un carretero que, encontrándole al paso, le dió una gran bofetada, acompañada de un juramento. «Amigo (le dijo), dame otra y no vuelvas á jurar.» Miraba con tanto horror la profanación del nombre de Dios y practicó tantas diligencias para reprimirla, que á instancias suyas se renovó el decreto espedido antiguamente contra los blasfemos.

El celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas le llevaba á todas partes, y por obstinados que fuesen los pecadores que encontraba, hacia los mayores esfuerzos para

convertirlos. Jamás desesperaba de su salvación, ni le aterraban los obstáculos que podían retardarla ó impedirle. Un día que estaba recorriendo las cercanías de París mas frecuentadas por las personas de mala vida, vió á dos soldados que con una de aquellas infelices se iban á una cantera. Fué el Santo detrás de ellos, les predicó, les suplicó, y se valió de toda su elocuencia para retraerlos de su mal pensamiento. Cansado, en fin, uno de ellos de oírle gritar, acudió á él con un palo, y le dió tantos y tan fuertes golpes que le derribó en tierra; pero dándole fuerzas su celo, pudo ponerse de rodillas, y pidió por la conversión de aquellos infelices en términos tan patéticos, que quedaron penetrados de dolor, y fueron á ponerse en sus manos para hacer penitencia. Otra vez le buscó una muger pública con pretexto de convertirse, y le pidió que pasase á su casa, donde le dijo que había otras con las mismas disposiciones. Pero el buen sacerdote encontró allí una porción de mozos disolutos, que se proponían divertirse á costa suya; y él les habló de los juicios de Dios y de las postimerías del hombre con unas espresiones tan terribles, que la misma muger que se había prestado á una acción tan indecorosa, fué á arrojarse á sus pies, le pidió el auxilio de sus oraciones, dió palabra de enmendarse, hizo de allí á tres días una confesion general, y en efecto vivió despues con mucho recogimiento. Otro día que iba á decir misa, se encontró con un hombre, cuya concubina había sido separada de él por las gestiones del buen sacerdote, y oyó de su boca todo género de injurias. El caritativo sacerdote ofreció el sacrificio por aquel pecador obcecado, el cual esperiméntó al momento una mudanza total. Apenas se acabó la misa, fué á pedirle perdon y á suplicarle que continuase intercediendo por él con el Señor. Convirtiósese perfectamente, y despues hizo siempre una vida ejemplar.

Pero donde el P. Bernardo obró las mayores maravillas del sagrado ministerio de la

penitencia, fué en las cárceles y en los calabozos, con las almas atroces que de ordinario están allí encerrados; y como en ninguna otra parte es mas penoso, en ninguna le ejercia él con mas celo y complacencia. Habiendo llegado á la córte la fama de su celo y de todas sus virtudes, y habiendo querido verle el cardenal de Richelieu y hacerle algun favor señalado, segun fuese la voluntad del Santo, el pobre sacerdote, á quien aquel poderoso ministro había dejado en su gabinete para que pensase en ello, pidió únicamente el permiso de asistir en la hora de la muerte á los reos que tuviesen confianza en él. Despues de algun tiempo se le amenazó con que no se le permitiera volver á entrar en las cárceles, y dijo á sus amados presos, que el destierro del reino y de toda la tierra habitada le seria menos sensible que el dolor de no volver á verlos. Seria obra muy prolija referir el número de los malhechores obstinados á quienes proporcionó una buena muerte, pues se le entregaban todos aquellos cuya terquedad, desesperacion y rábia habían apurado la habilidad y los recursos de los demas confesores. Los tomaba él despues por su cuenta, y era un espectáculo maravilloso ver á Bernardo en el cadalso hacer los mayores esfuerzos para reducir á un reo empedernido. Le abrazaba, le suplicaba, se ponía de rodillas delante de él, le amenazaba con la ira de Dios, y le mostraba el infierno abierto para recibirle. Si todo esto era inútil: «pueblo cristiano (esclamaba), no hay que pedir por un impío que abandona á Dios, y es abandonado de su divina Magestad. Los demonios van á precipitar su alma en el infierno. Huid, no presenciéis este horrible espectáculo.» Fingia Bernardo que iba tambien á huir, y esta ficcion no dejaba de producir su efecto, porque el paciente llamaba al confesor y moría contrito. Es un hecho comprobado que ninguno de ellos murió impenitente en sus manos.

Nos contentaremos con referir uno ó dos

ejemplos, pero escojidos entre las almas mas difíciles de convertir, y que por lo mismo equivalen á una infinidad de otros. Todos los doctores habían abandonado á un facineroso que añadía las mas horribles blasfemias á los delitos por los cuales le llevaban al suplicio. Acude Bernardo, sube con el paciente á la escalera de la horea, le habla con cariño, quiere abrazarle, y recibe de él un puntapie que le arroja á los últimos escalones. Gritan todos los concurrentes llenos de consternacion y espanto. Solo Bernardo no se asusta, y aunque herido gravemente, hace esfuerzos para levantarse, se pone de rodillas, y en alta voz invoca á la Virgen, que es el refugio de los pecadores, con todo el fervor que inspira una confianza cuyos efectos han sido siempre favorables. Apenas acabó su oracion, vieron los espectadores que el impenitente se deshacía en llanto, y daba todas las señales de una penitencia sincera (1).

Otro reo, condenado á morir en el suplicio de la rueda, no quería que se le hablase de confesion (1). Se dió esta noticia al P. Bernardo, el cual inmediatamente acudió á la cárcel. Va al calabozo, saluda al preso, le abraza, le exhorta, procura inspirarle sentimientos de confianza, le amenaza con la ira de Dios; pero todo es inútil, pues el reo ni siquiera se dignaba de mirarle y se hacia sordo á cuanto le decía. Le suplica el confesor que á lo menos tenga la bondad de rezar con él una oracion muy breve á la Santísima Virgen. Era esta la célebre oracion: *Memorare, o piissima Virgo Maria*, que Bernardo había recibido de su padre, y de la cual protestaba que jamás la había rezado sin conseguir lo que pedia. Despreciándola el preso, se obstinó en no decirle. No por eso dejó Bernardo de rezarla toda entera, pero viendo que el pecador obstinado ni aun siquiera había querido despegar los labios, le arrebató la caridad, le inspira el celo, y

aplicando á la boca de aquel hombre empedernido un ejemplar de la oracion, que llevaba siempre consigo, se esforzó á introducirse, esclamando: «ya que no quieres decirle la has de comer.» Sujeto el reo con las cadenas, y no pudiendo defenderse de esta especie de importunidad, prometió, á lo menos para librarse de ella, que rezaría la oracion. Arrodillase Bernardo con él, vuelve á principiar la oracion, y apenas pronunció el reo las últimas palabras de ella cuando se sintió enteramente mudado. Salía de sus ojos un torrente de lágrimas, y daba unos gemidos de compuncion que quebrantaban los corazones. Penetrado el Santo de alegría, esclama abrazándole: «á la Santísima Virgen debes tu salvacion, hermano mio.»—«Ahora lo conozco, Padre mio (respondió el preso), y ¡ojalá me hubiesen hecho mas impresion estas palabras la primera vez que me las digisteis!»—«¿Pues qué? ¿te he visto ya alguna vez?» replicó el P. que nada sabia de las aventuras de aquel preso. Era este un monge apóstata á quien las consecuencias de su apostasia habían conducido al cadalso. Cuando todavía tenía el hábito religioso, se encontró con el P. Bernardo, el cual arrebatado repentinamente de un impulso, de que ya no hacia memoria, corrió á él y le dijo abrazándole: «Alégrate, hermano mio, porque por la intercesion de la Santísima Virgen alcanzarás tu salvacion.» La manera con que murió manifestó lo verídico de la prediccion. Fué tal el arrepentimiento que esperiméntó al considerar la enormidad de sus delitos y la grandeza de las divinas misericordias, que espiró de dolor, estando preparándose para hacer confesion.

Adquiriendo de día en día mas celebridad el nombre del Pobre Sacerdote, creyó el cardenal de Richelieu que era obligacion y honor suyo darle alguna recompensa brillante. Le llamó segunda vez á la córte, y despues del colmarle de demostraciones de aprecio y veneracion, le dijo, que sin detenerse le declarase seriamente en qué se le podría servir.

(1) Vid. del P. Bern. p. 128.

(2) Ibid. 192 y sig.